

LA ETAPA

Miguel Ángel Crespo Gimeno

Aunque corría el mes de julio, la noche era gélida, como corresponde al campo soriano. Quedaba mucho trecho por delante y Álvaro y Rodrigo controlaron las prisas. Además, el corazón les latía con fuerza y eso les asustaba, pero podía más la excitación de la aventura.

Salieron del pueblo y siguieron la estrecha carretera que conocían bien. Caminaban en silencio, como siempre, distraídos por el brillo de millones de estrellas que parpadeaban en un cielo negro con menos límites aún que el inmenso cielo del verano castellano. Se desviaron por la cañada, distinguiendo a su derecha los perfiles del corral del abuelo. Pasaron frente a la chopera y la fuente y se detuvieron en el arranque de un sendero, buscando la cima. Allí estaba, con el perfil denso rompiendo las estrellas. La atalaya árabe que dominaba el paso del Duero.

Treparon buscando la figura de una gran carrasca y se sentaron bajo la protección de las ramas, las espaldas apoyadas en el tronco. Sacaron los bocadillos y botellines de agua, y se dispusieron a esperar. Bajo el manto de la carrasca no hacía frío. Aquello no les extrañó. ¿Qué sabían ellos de cómo eran las noches a la intemperie? Era la primera vez que se aventuraban por su cuenta lejos de la casa de los abuelos. El cansancio de la caminata empezó a adormecerles.

Se despertaron sobresaltados. Habían oído moverse algo muy cerca. Miraron en torno... y entonces la vieron.

Una figura menuda y esbelta cubierta por un manto blanco bajaba sin ruido desde la atalaya, camino del río. Nada crujía bajo sus pies. Pasó como una brisa, ignorante de la presencia de los muchachos, la larga melena movida por un viento que ellos no

sentían. Se acercó a la orilla y se sentó en el suelo, quieta. Esperaba.

Álvaro y Rodrigo volvieron a escuchar el sonido que les había sacado de la duermevela. Era un suave canturreo que sonaba como una oración. Vieron la silueta de un hombre sentado en la ladera a unos cuatro pasos de distancia.

++ No tengáis miedo- dijo la voz que murmuraba- No voy a haceros daño. He venido a lo mismo que vosotros; a verla a ella

++ ¿Quién eres?- Rodrigo no tenía miedo- ¿Y ella?

++ ¿No se lo oíste a tu padre cuando contó la historia?

++ No dijo nombres, no los conoce. Ni siquiera se creía del todo la historia

++ ¿Y vosotros sí?

++ Por eso hemos venido- contestó Álvaro con toda lógica

++ Su nombre es Niama y espera a Quzman

++ ¿Y tú...? - insistió Rodrigo- ¿Quién eres y qué haces aquí?

++ Mi nombre es Hafaza y soy el Maldito de Allah, el blasfemo, el que destruyó el corazón de Niama

++ Vaya. Suenas malo- frunció el ceño Álvaro- ¿Qué le hiciste?

++ Obligarla a esperar contra toda esperanza... él no vendrá... Por eso la acompaño sin que lo sepa, como he hecho siempre... para mirar las estrellas en el río, rogando un temblor que indique que mi condena tendrá un fin. Rezo a Allah y espero...

Los ojos, azules y fríos, contemplaron la noche por encima del hombro de Kinza. La suave blancura de la piel de la muchacha no parecía obrar efecto en ellos. Estaban clavados, sañudos, en un sitio que ella no podía ver.

Los dedos del hombre recorrieron distraídos la espalda de la joven, que se estremeció como si fueran el filo de una navaja. Se clavaron en sus hombros.

++ Mi señor...- se quejó en voz baja

No sirvió de nada. La presión aumentó y ella se retorció, desesperada.

El hombre no veía las cuatro mil columnas de mármol del Real Alcázar, ni el cisne de oro que refulgía a la luz de las antorchas en medio del estanque de pórfido lleno de azogue sobre el que se balanceaba la Única, la perla de Constantinopla.

Sólo veía el pesado bamboleo del estanque de sangre donde eran degollados sus mejores caballeros. Ante sus ojos carbonizados se abren las bocas de dos mil jinetes que pugnan por sujetar las riendas de sus caballos, que corcovean enloquecidos intentando evitar la pendiente sembrada de estacas puntiagudas por donde ya ruedan cientos de hombres y bestias entre los que pululan los almogávares con enormes cuchillos, destripando a unos y otros. Su propio caballo sufre la presión de las tropas aprisionadas por los cristianos contra el barranco. Decenas de manos se alzan para agarrarle de la túnica. Sus soldados le suplican que los salve. El capitán de su guardia le arranca las riendas y tira de su montura con la fuerza de los desesperados. Le grita algo que no puede oír. Pero ve el gesto y entiende. El terror lo vuelve loco. Desenvaina el sable curvo y lo descarga una y otra vez sobre los brazos de sus propios soldados. Un grito agudo le hace girar el rostro hacia los castellanos que siguen afluyendo para convertirse en un muro que empuja a sus hombres al barranco. La figura blanca de Toda, montada en un enorme semental negro, levanta un brazo teñido en la sangre de quienes fueron sus hermanos en Córdoba. Algo brilla

al sol en su mano huesuda. ¡El Libro! Las guardas pulidas hechas con los omoplatos de un camello blanco es lo que destella en la mano de la reina navarra. Y su risa le ensordece... los caballos se debaten enloquecidos, formando en el talud una asquerosa espuma rosácea, y chillan en el espanto de la agonía. De las gargantas rajadas de los hombres, borboteantes de cuajarones negros, no salen gritos. Mueren entre espasmos. Y por encima de todo, las risas de los cristianos celebrando la matanza...

++ ¡Mi señor...!- gritó y se retorció la muchacha intentando escapar del suplicio

... el ejército contempló atónito cómo el Príncipe de los Creyentes corría desbocado a ponerse a salvo, mutilando a cuantos de los suyos se interponían en el camino. Detrás quedó la columna de polvo que marcaba la huida de la caballería, la última esperanza de los soldados califales. Después, la muerte...

El dolor era insoportable. Parecía que el hombre quisiera romperle los huesos delicados de la clavícula. Kinza le dio un brusco empujón con la cadera. El hombre trastabilló hacia atrás.

++ ¡Perra!- rugió desde el suelo

++ ¡No soy una de tus esclavas!- gritó Kinza- ¡Mi padre es sheik, un ben el-Aglab, de los señores de Ifriqiya! Mi sangre es zeneta... ¡no soy una esclava vascona!

Se arrepintió en el mismo instante en que lo dijo. Vio como se enturbiaban los ojos azules, poniéndose lechosos por el ansia de matar.

++ ¡Puerca!- aulló el hombre incorporándose de un salto- ¡Te voy a enseñar a despreciar mi sangre!

Agarró una de las antorchas embutidas entre las fauces de un cocodrilo de bronce y se abalanzó sobre la muchacha. Ésta, joven

y ágil, evitó los primeros golpes pero tropezó en un brasero y cayó al suelo de mármol. El hombre arrojó la antorcha contra su rostro indefenso. Los aullidos angustiosos de la desgraciada atrajeron a un tropel de gente. El propio canciller, Ibn Hayyán, acudió con ropa de dormir. Se tendió a los pies de Abderramán.

++ ¡Mi señor!- gimoteó- ¡Mi señor, en el nombre de Allah, clemente y misericordioso!

Le agarró de los pies para permitir que los soldados de la guardia retiraran a la desdichada. Se había alarmado cuando había visto de quién se trataba. Al Idrisi, el padre de Kinza, no era hombre al que pudiera ofenderse. Aguantó las patadas de su amo.

++ ¡Suéltame!- se debatía Abderramán, pugnando por perseguir a su presa- ¡No he terminado con esa perra maligna!

++ ¡Mi señor, en el nombre de Allah misericordioso!- salmodiaba el canciller como un conjuro.

Conocía bien los ataques de ira incontrolada del califa y no había nada a lo que temiera más. Rezaba para sus adentros, suplicando la presencia del único que podía calmar al todopoderoso Abderramán III, califa de Córdoba, Confidente de Allah, Príncipe de los Creyentes, de la tribu de los Quraish, la del Profeta, y Muro contra la Cristiandad. El Cielo le escuchó.

Bajo el arco de pórfido apareció un hombre bajo y robusto, de revuelta cabellera roja y ojos claros. Vestía el uniforme de general en jefe de la Guardia Eslava, como si no se hubiera acostado en toda la noche. Su nombre era Galib Abu ibn Abd al-Rahman y era un antiguo esclavo vascón al que Abderramán había liberado. El efecto sobre éste fue inmediato. La furia se refugió en sus ojos, que brillaban como piedras frías.

++ Mi señor- se inclinó Galib ante él- Ordénamelo y mataré a la mujer. Os traeré su cabeza y la colgaré de la puerta de la Sala de Audiencias para que todos sepan que tu voluntad es ley

++ No, mi señor... mi señor, escuchadme- suplicó el chambelán- Dejad ir a Kinza. Lleva suficiente castigo en su cara marcada de por vida. Mi señor, su familia... el sheik Al Idrisi... mi señor...

Abderramán expulsó el aire como si fuera el demonio que le había poseído unos momentos antes. Galib se despojó de su capa militar y le cubrió el cuerpo desnudo. Estuvieron quietos y en silencio durante unos minutos, Hayyán aún tendido en el suelo y Galib con el brazo sobre los hombros del califa, como si éste fuera un niño necesitado de consuelo.

++ Galib- dijo Abderramán al cabo- ¿Se han cumplido mis instrucciones?

++ Sí, mi señor

++ En la fortaleza sólo quiero a los hombres de la Guardia Eslava. ¿Saben lo que tienen que hacer?

++ Lo saben, mi señor. No habrá errores

A medida que los caballeros entraban en el alcázar, los guardias se abalanzaban sobre ellos, los desarmaban, amordazaban y desnudaban antes de arrojarlos como fardos a los pies del estrado donde se había colocado el trono del califa. Al Idrisi fue el último en entrar. El gigantesco negro que le escoltaba se quedó muy quieto cuando las cuchillas de los esclavos se le arrimaron al cuello.

++ Tranquilo, Hafaza- le advirtió Al Idrisi, su señor- No vale la pena... - la mordaza ahogó el resto

Abderramán se puso en pie y le hizo un gesto impaciente a Galib. Los guardias acercaron carretones tirados por burros y cargaron a los prisioneros. Se formó una macabra comitiva que avanzó hacia el puente que daba acceso a Córdoba por su puerta principal. Abderramán montaba un caballo blanco que por su tamaño disimulaba las cortas piernas de enano del califa.

Bajo la puerta de Córdoba esperaba al califa otro trono de plata y oro con baldaquino de sedas.

++ Este es el premio por vuestra cobardía- gritó a los presos mientras miraba a Galib, que de nuevo impartió órdenes a sus hombres.

Los guardias descargaron uno a uno a los cautivos, y uno a uno los fueron crucificando a lo largo de las márgenes del puente. Los gritos desgarradores de sus familias y amigos impidieron misericordiosamente oír los aullidos de los desgraciados, a los que se había despojado de las mordazas para mayor placer del califa, que quería oírlos suplicar. Pero lo único que se escuchó fue la voz retadora de Al Idrisi.

++ ¡Maldito seas, Abderramán! ¡La única cobardía en la Jornada del Barranco fue la tuya, perro entre los perros! ¡Te maldigo, príncipe indigno!- calló un instante, como si necesitara recuperar las fuerzas- ¡Hafaza, eres el arma de mi venganza! Ya sabes lo que tienes que hacer, no le dejes que lo recupere, no es digno de Él, Allah no...

Uno de los guardias acudió a la carrera y lo mató de un lanzazo. Abderramán se volvió hacia Galib y le habló al oído.

++ Sé dónde está. La vi...

++ ¿A quién, mi señor?

++ A Toda. En sueños. Y detrás de ella vi...- manoteó intentando dar forma a algo- edificios... se distinguía una fortaleza de interminables murallas. ¿Sabes de qué te hablo?

++ Desde luego, mi señor. No hay otra como esa. Es Gormaz. La construimos para que en ella pudiera practicar nuestra mejor arma, la caballería

++ Entonces haz tu trabajo. Empieza por allí. Aunque vi otras cosas, otras construcciones, después de esa, extrañas...- se estremeció- Había magia y no era buena. ¡Esa bruja!

El *naqib* se sintió feliz con su nueva adquisición. Aquel enorme africano que acababa de alistarse en la Guardia Sudanesa parecía muy hábil con el arco y los demás sudaneses le mostraban un profundo respeto. Lo que es por él y tratándose de manejar a gente tan peligrosa, no tardaría en recomendarlo para el ascenso a *arif*. ¡Que metiera en cintura a aquellas bestias!

La larga caravana de jinetes y camellos cargados con la impedimenta emprendió fatigada la subida a la fortaleza encaramada en el cerro colosal sobre la que se asentaba Medinaceli, la capital de la Marca Superior del califato cordobés desde que los Beni Casi de Zaragoza habían desafiado el poder del Príncipe de los Creyentes. Harit Beni Bazi, caíd de la plaza, salió a recibir con toda la pompa posible a su insigne visitante, que se acercaba precedido por el estandarte verde donde campeaba un gallo negro, desafiante.

++ ¿A qué debo tanto honor?- preguntó Harit cuando se hallaron en el salón de los aposentos del caíd- Has llegado bajo el estandarte del Gallo. Eso ya es decir mucho sin haber hablado

++ El Príncipe de los Creyentes necesita tu ayuda- dijo Galib

++ ¿Para qué?- el sarcasmo brotó con violencia- ¿Otra cabalgada contra el infiel como la de Simancas? ¿Otro desastre en un barranco sin nombre? La gente se puede conseguir; lo que allí dejásteis, no

Por un momento, Galib se sobresaltó. ¿Cómo sabía Harit...? Hasta que entendió que no hablaban de lo mismo.

++ ¿A qué te refieres?- tanteó para asegurarse

++ Al valor de nuestros hombres. Tal vez Al-Andalus no sea ya más que fruta madura para la cosecha de un hombre con redaños

++ Algo de eso hay en la encomienda del califa que me ha traído hasta tu territorio

++ Entonces puedes volver sobre tus pasos. El valor de los hombres no se puede conseguir sometiéndolos a la disciplina de la frontera. Tampoco con torneos, caza ni prácticas de guerra- se tocó el pecho- Es algo que vive aquí y que cuando se marchita no vuelve a crecer.

++ Tienes razón. Pero el califa es hombre prudente y no te pide un portento: sólo necesita a un hombre con redaños, como tú has dicho... y el premio estará a la altura de Al-Andalus

++ Explícate

Así lo hizo Galib durante una hora en la que el caíd de Medinaceli se limitó a picotear en el cuenco de cereal y a beber de su copa de agua. Cuando terminó, se quedó esperando la respuesta del árabe.

++ Lo que me ordena el califa es...- le costaba respirar- ¿... que me infiltre en territorio cristiano para descubrir el paradero de...?- el gesto de Galib le hizo callar. Dirigió una sonrisa fría hacia el pelirrojo eslavo de piel pálida y ojos azules- Allah el

Misericordioso lo oye todo, lo sabe todo, ¿qué tipo de servidor del califa lo ignora?

Galib examinó la piel de bronce, las barbas largas hasta la cintura que ningún árabe consentiría cortarse ni bajo tormento porque son sus señas de identidad como aristócrata de sangre pura, la nariz de halcón sirio, y los ojos de brillo negro y salvaje que la edad no había conseguido suavizar. El fanatismo de aquel hombre no podía ser disimulado por ningún ropaje; su orgullo de guerrero de Allah y su soberbia de conquistador jamás se avendrían al roce con gentes que para él no eran más que chacales. Un león no se molesta ni en rugir para espantarlos. Harit, menos.

Harit entrecerró los ojos como si calculara la distancia para dar un golpe.

++ ¿Por qué, mi querido Galib,- dijo- el Príncipe de los Creyentes me elige a mí? De aquí a Gormaz conozco al menos una veintena de caudillos militares que pueden hacerlo con menos... exigencias

Galib rebulló en su asiento y se quedó mirando las puntas de las botas de montar cubiertas de polvo.

++ ¿Tiene algo que ver con mis... *amigos*?

El silencio del jefe de la Guardia Eslava tiene el valor de una afirmación. Harit cogió unos granos de mijo tostado y los esparció sobre la mesa de madera sin desbastar. Tomó los que más se habían alejado del montón grande, los empujó aparte y después los trituro con el fondo de la copa.

++ Es curioso- dijo, hablando para sí mismo- El Príncipe de los Creyentes necesita de mis amigos, dos veces renegados, para salvar su reino

Con toda delicadeza, empujando con la yema del índice, hizo un pequeño montoncito con la harina de los granos machacados. Después sopló sobre la mesa. La harina se convirtió en una nubecilla que cayó sobre las botas de Galib.

++ Es curioso- repitió Harit con saña- que sean los muladíes quienes deban salvar al Islam cordobés. Justo los que fueron machacados hasta ser convertidos en polvo y arrojados a los pies de sus torturadores- y señaló la bota del general cordobés

Los muladíes eran hispano-romanos y visigodos convertidos al Islam que vivían entre los musulmanes como tales. El término árabe es muwalladí, que significa “mestizo”, “mezclado”, contrario al bereber u hombre libre. Los esclavos manumitidos como Galib están sujetos a un fuerte lazo de sumisión con la persona que los ha liberado de su condición, por lo que adoptan su apellido. Los muladíes, hombres libres no árabes que se convierten al Islam, adquieren ese lazo de sumisión con la comunidad musulmana en su conjunto, no con el individuo o grupo ante el que han abjurado. Pero todos son mirados con idéntico desprecio por los árabes puros, baladíes como Harit, herederos del espíritu guerrero del conquistador de Al-Andalus. La diferencia estaba, y Galib lo sabe tan bien como Harit, en que los muladíes se rebelaron contra ese desprecio que les humillaba como un hierro al rojo sobre la piel blanca. Galib no puede acogerse a esa gloria: no es más que el perro guardián y mensajero de Abderramán III, el primer califa omeya cordobés.

++ ¿Podemos contar con que siguen siendo muladíes y, por eso, fieles al Islam?- se revolvió Galib

Las carcajadas de Harit resonaron en la bóveda de la torre del homenaje.

++ No pidas demasiado, mi querido Galib- respondió cuando recuperó el control- ¿No te parece que *también* por eso te ha enviado el califa hasta mí? ¿Porque no sólo soy un militar leal y culto que habla lenguas romances y mantengo buenas relaciones con los desgraciados que consiguieron escapar de Bobastro, sino que además puedo atraerlos y manejarlos al margen del dolor de las llagas que los *buenos* musulmanes han dejado en sus corazones? ¡Por la Palabra del Profeta recogida en el cuarto Libro Verdadero que habéis dejado que os arrebatan,- Galib dio un respingo. ¡Lo sabía, aquel maldito lo sabía!- no puedo creer que seas tan majadero!

Galib disimuló su enfado. Estaba acostumbrado a la soberbia de los baladíes. Y sabía de qué estaba hablando el caíd de Medinaceli.

++ Dejemos el pasado- ofreció Galib- Vamos a salvar lo que hay que salvar o el califa está acabado

++ Bien, sea- aceptó el caudillo baladí- Haré lo que me ordena el califa porque se trata de nuestro bien más sagrado, pero no te quiero respirando sobre mi hombro, ¿está claro?

++ Abderramán no comete esos errores. Sólo me ha encargado que te facilite lo que necesites: dinero, hombres, información y autoridad

Le tendió el rollo donde constaba su nombramiento como gobernador de toda la Marca, con plenos poderes de requisa y reclutamiento.

++ Por el dinero no te preocupes: he traído conmigo un tesoro. Respecto a los hombres...

++ Eso es asunto mío- le cortó Harit sin miramientos
Galib enseñó los dientes en una sonrisa maliciosa.

++ El califa te comunica que si se trata de prófugos declarados enemigos del Islam pero estás interesado en conseguir su ayuda, expedirá un decreto de perdón para ellos y sus familias

++ Muy generoso de su parte- se guaseó Harit sin explicarle al general eslavo la ironía de la situación. Aquellos “enemigos del Islam” estaban haciendo un trabajo ingrato en la más salvaje de sus fronteras. Pero eso sólo lo sabía él y debía mantener el secreto por el bien de todos.

En el rostro rubicundo del eslavo brotó una sonrisa vengativa.

++ También se me ha encargado decirte que esta misión no admite el fracaso. ¿Sabes lo que significa?

Harit asintió, las facciones convertidas en piedra. Aunque Galib no fuera más que un perro, era el perro de Abderramán III y sería muy peligroso olvidarlo.

La puerta de la estancia se abrió poco a poco, sin ruido. Galib se envaró. Harit siguió la dirección de su mirada. Apareció la cabeza de una muchacha.

++ ¡Niama!- exclamó Harit- ¿Qué haces aquí?

La chica entró con timidez. Traía de la mano a un niño pequeño.

++ Disculpa, padre- dijo- Me han dicho que habían llegado unos hombres de Córdoba y... eh... bueno, yo...

++ Ya. No has podido soportar la curiosidad

Aunque el tono era duro, los ojos de Harit decían otra cosa. Parecían bañados de luz mientras hablaba con la chiquilla. A Galib no le pasó desapercibido.

++ Galib, estos son mis hijos: Niama, de quince años, y Jalaf, de doce

El esclavo contempló a la muchacha y una suave embriaguez le subió a la cabeza. Niama era una muchacha esbelta y espigada, de rostro exquisito donde destacaban los ojos enormes y oscuros, como el cabello que caía en cascada sobre la espalda. Su elegancia natural le recordó a uno de aquellos cisnes negros que se deslizaban sobre las aguas de los lagos de Madinat al-Zahra. Tenía la misma gracia en sus movimientos curiosos e irreverentes. Con un gesto de cortesía desacostumbrada hacia una mujer tan joven, Galib se levantó e hizo una leve inclinación con la mano sobre el pecho.

++ Te saludo, princesa de Medinaceli. Cuando vuelva a Córdoba repartiré una buena cantidad de coscorriones entre esos judíos inútiles que se pavonean en torno al califa

++ ¿Por qué?- se asombró la niña- ¿Qué tienen que ver los judíos con nosotros?

++ Presumen de mantener bien informado al Príncipe de los Creyentes sobre lo que ocurre dentro y fuera de nuestras fronteras, pero nada ha llegado hasta la capital sobre tu belleza. Es imperdonable

La chica estalló en una risa tan espontánea y libre que turbó el corazón del esclavo. Carraspeó, incómodo. Harit debió de notar algo porque enseguida se dirigió a sus hijos con voz más autoritaria.

++ Bien, ya habéis conocido al enviado de nuestro señor. Volved a vuestras habitaciones.

Cuando salieron, el caíd de Medinaceli se volvió hacia su huésped.

++ Creo que es hora de que vayas a descansar. Ha sido un viaje largo y pesado

++ ¿Puedes dar cobijo a mis hombres en la fortaleza? Son doscientos, con sus caballos y una treintena de camellos con la impedimenta

++ No hay problema. Hay sitio de sobra en los cuarteles y en las cuadras. Los camellos es mejor que sean encerrados en las corralizas del poblado, donde guardamos los nuestros. ¿Están marcados, para no confundirlos?

++ Desde luego. Daré las órdenes para que así se haga todo. Y para que mis hombres se comporten como deben con quienes nos dan cobijo

++ ¿Son camorristas de los *silenciosos*?- le provocó el caíd

Los andalusíes apodaban “silenciosos” a los temibles mercenarios francos, gallegos y eslavos porque éstos no hablaban árabe ni apenas entendían a quienes se dirigían a ellos en ese idioma, de modo que preferían permanecer callados y no responder. Los ojos gélidos de Galib se volvieron lechosos de ira.

++ Sólo un puñado y no me refería a ellos. No necesitan mis órdenes para comportarse como deben. Pero el califa me hizo el honor de concederme dos escuadras de sudaneses de su guardia personal, mandados por su propio *arif*, ayudado por dos *nazirs*-sonrió desafiante- Ya sabes que no soportan la menor broma de los bereberes, a quienes consideran enemigos de siempre por su costumbre de enviar partidas guerreras a capturar esclavos. También sabes que son muy buenos con el arco y la cimitarra

++ Sois mis huéspedes y el Profeta lo dijo con claridad: “¿Queréis saber lo que os llevará al Paraíso con toda seguridad? Un tajo certero de la espada en el cuerpo del infiel, una buena acogida al huésped y orar a las horas prescritas”. He hecho ley de esas palabras sagradas en mi vida. Te ruego que así se lo

comuniques a tu gente y yo recordaré a la mía sus deberes de hospitalidad.

Galib salió a caballo de la fortaleza, recorriendo con cautela el sendero de bajada. No quedaría muy digno que el caballo resbalara y el jefe de la Guardia Eslava terminara con el culo sobre una de las bostas de mula que perlaban el camino. Cuando alcanzó el último portalón y bajaba por la ladera hacia donde sus hombres habían acampado, se giró para contemplar Medinaceli. La fortaleza se perfilaba, alta y majestuosa como si quisiera desprenderse de aquel suelo miserable para fundirse con el cielo por donde viajaban, plácidas, nubes gordas preñadas de lluvia. La soberbia torre del homenaje, circundada por las otras defensivas y anaranjada por el sol poniente, era el exponente del espíritu guerrero que él amaba desde niño. Harit había puesto su sello de árabe indómito en aquella fortaleza de frontera. “Solo Dios es vencedor”, recordó las palabras que había visto grabadas en el dintel de la puerta de la sala donde había hablado con el caído. En el cielo giraban los buitres. ¿Qué había dicho aquel poeta chiflado después de lo de la Jornada del Barranco? “¡Vengad la Religión, dice el Anónimo que llora sobre nuestra vergüenza; porque he aquí que los buitres planean sobre nuestros muertos en la batalla!” Desasosegado, espoleó al caballo y siguió cuesta abajo.

El peor momento llegaba al anochecer. Era entonces cuando se apoderaba de Niama la melancolía y la sensación de estar al margen de la vida.

Había pasado sus primeros años en el palacio familiar de Córdoba. Aunque su padre había escogido un señorío alejado de la ciudad para escapar de las insidias cortesanas, habían tenido que

transcurrir varios años hasta que pudo exigir la presencia a su lado de su familia. Niama no lo sabía, pero hasta que cumplió los nueve años y tuvo que marchar a Medinaceli, ella, su madre y hermano habían servido de rehenes a un Abderramán que no perdonaba a Harit su defensa de los muladíes. La desolación de la niña al descubrir su nuevo hogar tuvo el efecto de un desgarró en su alma romántica y llena de sueños. Medinaceli era hermosa pero no tenía nada del sueño cordobés. Y su madre había muerto allí.

Como otras noches, tomó la capa del vestidor y salió al pasillo de la torre para subir hasta la terraza. Los guardias no mostraron ninguna sorpresa; ya estaban acostumbrados al deambular de la muchacha a aquellas horas.

El viento frío la despejó. La luna menguante colgaba en el firmamento como los cuernos afilados de un toro gigantesco. Como siempre, su amortiguado resplandor cristalizó la melancolía de Niama hablándole de la magia que había en todos los rincones del mundo, no sólo más allá del horizonte invisible en la noche. Porque Niama no conocía nada de lo que anhelaba; su imaginación lo había creado para ella. Príncipes hermosos y valientes que volvían de la guerra montados en briosos alazanes, patios de naranjos que perfumaban la noche, rumor de fuentes refrescando jardines de ensueño, gasas y sedas acariciando su cuerpo, los ojos de adoración de muchachos árabes que peleaban por su amor, torneos de campeones para decidir quién podía llevarse a Niama para adornar su palacio a orillas del Guadalquivir. Niama soñaba acodada en la balaustrada de piedra sin percatarse de que le arañaba los brazos desnudos.

++ Amir- oyó una voz abajo, en el camino de guardia junto a las almenas-, ¿ves lo mismo que yo o es una aparición?

Niama se inclinó sobre el murete y descubrió a un par de centinelas que la miraban. Llevaban antorchas y reconoció por sus uniformes a dos de los soldados llegados aquel día con el general pelirrojo que hablaba con su padre.

++ ¡Eh, niña!- la llamó la misma voz de antes- ¿Quién eres y qué haces ahí subida?

A Niama le gustaron sus rostros, jóvenes y curtidos. El resplandor de las antorchas les daba un aire audaz, haciendo brillar unas sonrisas blancas que competían con el reflejo de azogue de las cotas metálicas. Les hizo un tímido gesto con la mano y salió corriendo, el corazón rebotándole enloquecido contra el pecho. ¡Qué guapos eran! Lástima que no fueran más que simples soldados; su padre no le permitiría el trato con ningún hombre por debajo del grado de *naqib*, un capitán de doscientos hombres a caballo. Se metió en la cama y se quedó dormida, arropada por los rostros de los dos jóvenes guerreros que velarían sus sueños.

Harit abrió los ojos sin hacer el menor movimiento. Como un viejo soldado, registró sensaciones, presencias y sonidos en busca de discordancias. Silencio perfecto. Se puso la camisola y el peto protector de tiras de cuero con refuerzos metálicos, se embutió los calzones de montar y ciñó la espada. Salió al pasillo de la torre y caminó hacia las escaleras. Los centinelas se cuadraron a su paso. Como si adivinaran que el señor de la fortaleza estaba en pie, los primeros rayos de sol asomaron sobre el llano y el tronar de los *tubul* lo saludó, despertando a la fortaleza. El ruido de los reclutas acudiendo al patio fue creciendo al ritmo hipnótico de los atabales. Galib le salió al encuentro, tan despierto como él mismo.

++ ¿A qué viene este estruendo?- preguntó el general eslavo

++ General, ahora estáis en la frontera- sonrió irónico el caíd- La vida muelle la dejamos para Córdoba; aquí hay que mantenerse en movimiento y no dejar que el enemigo nos encuentre dormidos. Hoy es un gran día

++ ¿Y eso?

El caíd lo miró con sorna.

++ ¿Habéis olvidado que ayer me encargásteis una delicada misión? Pues se nos está haciendo tarde... - y dejó al general con cara de asombro

++ Mirad, señor- señaló Muza un punto entre las ondulaciones del terreno-, allí está nuestro destino

Habían llegado al poblado de Almazán con la pequeña escolta que se habían traído de Medinaceli. Harit deseaba a toda costa pasar desapercibido y habría querido reducir al máximo la tropa de acompañamiento, a pesar de que desde su victoria los cristianos pululaban por aquellos territorios robando y matando. Ya se había encargado de mandar por delante los correos necesarios para que aquellos a los que buscaba cubrieran el trayecto más peligroso. Pero Galib le había impuesto la compañía de un grupo de sudaneses al mando del enorme e inquietante Hafaza, siempre cargado con un arco de dimensiones tan desmesuradas como él mismo y que sólo él era capaz de manejar con una precisión legendaria. Harit entendió que iban a cumplir el papel de informadores de sus maniobras a Galib y se resignó. En la posada de Almazán donde se habían hospedado se les unió un grupito de hombres armados que Harit sabía que les seguían los pasos hacia un día.

++ Harit- sonrió el jefe del grupo-, sois bien hallado, mi señor
++ Muza- se levantó el caíd de Medinaceli para abrazarlo calurosamente-, yo sí que me alegro de verte

A Niama le llamó la atención el aspecto de los recién llegados. Su piel, ojos y pelo eran claros. Oyó a Hafaza mascullar una maldición y vio cómo su padre se envaraba y giraba hacia el sudanés con la mano en la empuñadura de la espada.

++ ¡Perro de Iblis!- le escupió furioso- ¿Qué has dicho?

El gigantesco sudanés no se arredró.

++ He dicho que son cristianos renegados y no deberías fiarte de ellos

++ Son muladíes, siervos de Allah que defienden nuestras fronteras todos los días mientras tú, perro, corrías con el rabo entre las piernas para escapar en la Jornada del Barranco

El insulto y la ira reprimida hicieron que la piel de Hafaza adquiriera un color ceniciento, pero no dijo nada, limitándose a inclinarse ante el caíd para que no viera el odio en sus ojos.

Harit miró hacia donde le indicaban y vio las columnas de humo que se alzaban desde uno de los alargados altozanos que bordeaban el camino a ambos lados. Cuando se acercaron, lo primero que distinguió Niama fue el gran torreón de piedra que vigilaba el territorio circundante. Su asombro aumentó al ver que en la falda del monte se había despejado de árboles una gran área de terreno donde ahora estaban plantadas un centenar de tiendas. Adosados a la propia torre y contruidos con maderos, unos largos cobertizos servían de caballerizas y almacenes para armas, provisiones y forraje. A un lado del campamento se alzaban los tenduchos de un pequeño mercado, así como las instalaciones de una forja y una panadería. En el lado opuesto se había abierto una

larga franja de terreno. El lugar estaba muy animado, con niños correteando entre las tiendas, gallinas cacareando por doquier, mujeres haciendo las tareas de sus improvisados hogares, relinchos de caballos, hombres con armas y sin armas, los últimos volviendo del campo y de encerrar el ganado en algún lugar en el bosque que no podía distinguir.

Un cuerno resonó en lo alto de la atalaya. Del bosque salieron soldados con el sigilo de los duendes y los rodearon. Hacía mucho tiempo que los centinelas los habían descubierto. El que parecía el jefe sonrió ampliamente cuando reconoció a Harit.

++ Mi señor,- dijo- sed bienvenidos a Al_marahil

++ ¿Al-marahil?- se sorprendió Niama- ¿Eso no significa...?

++ La Etapa- se giró Muza hacia ella- La etapa en nuestro camino hacia el Jardín de Allah. Aquí encontramos lo que se nos negó en Al-Andalus, hospedaje, una tierra de acogida; y nos ha ofrecido la oportunidad de morir por Allah, luchando contra los infieles, que es el camino de acceso a su Jardín...- miró a hurtadillas al caído, temiendo haber ido demasiado lejos

++ No te preocupes, Muza- dijo Harit- Mis hijos conocen la amarga historia de los muladíes; no les he ocultado nada- se volvió hacia Niama y Jalaf- Aquí tenéis a los legendarios muladíes. Y podéis comprobar las mentiras que se han esparcido sobre ellos por Córdoba. No sólo no son unos traidores- echó una ojeada maliciosa hacia Hafaza- sino que cargan sobre sus espaldas la vigilancia de la frontera más peligrosa de Al-Andalus, especialmente ahora que los cristianos se han crecido después de sus victorias de Simancas y el Barranco. Mal nos iría de no ser por ellos y otros mil más que andan por estos territorios enseñándoles los dientes a los calatravos, templarios, almogávares y demás ralea infiel que

encorrieron a los bravos hijos del califa- otro vistazo esquinado a Hafaza, que ardía de furia

Les tenían preparada una gran tienda en el corazón del poblado. Aunque no podía compararse con sus estancias en la alcazaba de Medinaceli, resultaba confortable y no carecía de algunos lujos propios del sistema de vida tradicional de los árabes. Jalaf no tardó en hacer amigos. Niama, en una edad complicada, se mantuvo retraída.

++ Muza- dijo Harit en la reunión que al día siguiente tuvo con los adalides del campamento muladí-, ¿has pensado en cómo llevar a cabo lo que te pedí?

++ Ya he enviado hombres disfrazados de mercaderes y mezclados con los judíos a todos los puntos donde puede esconderse lo que busca el califa

++ ¿Cómo te comunicarán novedades? ¿Correos?

++ Sí- se señaló con un dedo- Nuestro aspecto nos permite movernos sin problemas por territorio cristiano. Dominamos su lengua y tenemos muchos amigos entre ellos, aunque nuestros dineros nos ha costado...- sonrió con astucia

++ Ya sabes que por eso no debes preocuparte. Galib me ha dado carta blanca para gastar

++ Así da gusto- Muza se puso serio- Pero tenemos un problema. Hasta ahora nos hemos movido con toda libertad por esta margen del río, que usábamos como frontera con los poblados cristianos de la otra orilla. Usábamos un puente de piedra muy antiguo que construyeron los romanos a cosa de una milla de aquí para salvar un brazo del río y seguir su curso hacia el norte, siempre al amparo del cauce. Pero desde el desastre del Barranco, los infieles se han desplegado por todo el territorio y controlan ese

pueblo. A ellos no podremos engañarlos con disfraces... demasiados años peleando por estos campos, ya puedes imaginar. Hay que montar algún modo de comunicarnos con la gente que hemos enviado...

++ ¿Has pensado ya en algo?- preguntó Harit, que conocía bien a su amigo

++ En eso estoy...- le guiñó un ojo malicioso

A Niama le encantó la vista que desde el pie de la torre se tenía sobre el río Duero y las llanuras que se extendían hacia el norte, hacia la Soria cristiana. Como allí no le permitían subir a la atalaya como hacía en Medinaceli, empezó a explorar la ladera que bajaba hacia el río. Después, empezó a hacerlo también en las noches de luna que alumbrara el camino. La sensación de riesgo la atraía porque le producía un excitante escalofrío de peligro. Y nada la fascinaba tanto como volverse a mirar hacia lo alto, a la orgullosa atalaya que se dibujaba en el cielo nocturno, móvil y anaranjada por las hogueras. En las noches de luna llena, apagados los fuegos, relucía como si fuera de plata. Niama la contemplaba absorta, intentando imaginar ese otro mundo que la torre vigilaba día y noche. No era consciente de que Hafaza se había fijado en sus correrías y la seguía. También dos ojos verdes como hojas de olivo.

Pasaron los días y averiguaron el uso que se le daba a la larga faja de terreno allanado que los muladíes habían abierto a un costado del pueblo.

Redoble de atabales. De los establos anejos a la atalaya llegaron los hombres montados a caballo y se alinearon al comienzo de la explanada. A otro golpe de *tubul*, escuadraron

por parejas y marcharon al fondo del terreno, donde Niama divisó, a la luz del sol que ascendía en la mañana transparente, una fila formada por una treintena de troncos de árbol. Los jinetes enarbolaron los arcos que llevaban colgados a la espalda y extrajeron una de las flechas de la funda del arzón. Espolearon a sus monturas y, dando gritos de victoria, desfilaron rápidos frente a los maderos, sobre los que dispararon. Los primeros ya tomaban la curva para pasar por el otro lado. Seguían sacando nuevos dardos, tensando los arcos y disparando desde el lado enfrentado a aquel por donde seguían llegando sus compañeros, también practicando el tiro. Formaron una rueda alargada en un ejercicio incesante. Niama se estremeció. ¡El riesgo de que se hirieran unos a otros era enorme! Los troncos iban convirtiéndose en acericos a medida que las flechas emplumadas los torturaban con un repiqueteo seco. Los jinetes dirigían a sus monturas con pies y rodillas, obligándolas a mantenerse en una rueda perfecta que asediaba los blancos.

Los jinetes formaron varias filas, una por tocón. Espolearon sin piedad a los caballos, que arrancaron hacia los maderos. En plena carga, cada soldado desenfundó el hacha de arzón, la volteó y la arrojó contra el blanco, donde quedaba clavada sin que ni uno fallara. Uno de los guerreros galopó hacia Niama, se inclinó en un ángulo inverosímil sin detener la montura, cogió algo del suelo, se incorporó, se le acercó a toda velocidad, saltó del caballo con toda soltura y, con una reverencia galante, se despojó del casco dejando al descubierto una larga melena castaña que no llegaba a tapar los chispeantes ojos verde-oliva, y le alargó un ramillete de margaritas.

++ Para vos, mi señora- dijo sin atisbo de burla- Me llamo Quzman

Niama se quedó sin aliento. Escuchó el golpeteo de su corazón con más fuerza que los cascos de los caballos que seguían moviéndose por la explanada. Sonrojada hasta la raíz del cabello, bajó los ojos.

++ No sé si puedo aceptarlas- susurró a trompicones, aunque ni Ibli se las hubiera podido arrancar de las manos

++ Sed misericordiosa conmigo, mi señora- sonrió Quzman- Si las rechazáis, el *arif* de mi escuadrón considerará que he fracasado y me darán veinte bastonazos en los muslos

++ ¡Por Dios, eso no!- gritó Niama apretando las flores contra el pecho

Quzman lanzó una carcajada, silbó para llamar a su caballo, montó de un salto, volvió a inclinarse ante Niama, hizo caracolear a su montura y se incorporó a su escuadrón entre los vítores de todo el público.

Harit seguía las evoluciones del joven desde el estrado, junto a Muza, que se volvió hacia él con gesto de disculpa.

++ Lo siento, mi señor, mi hijo es algo alocado pero no es su intención ofenderos...

++ Son jóvenes- zanjó Harit el asunto, internamente encantado al ver a su hija con aquella ilusión. ¡Llevaba tanto tiempo con los ojos tristes! Su madre había muerto demasiado pronto. Él no sabía cómo hablar con una muchacha.

Se volvió a contemplar a los jinetes. Se sucedían las cargas con maza, jabalinas y sable. Ensartaron con la lanza rollos de esparto que arrastraban mulas conducidas por sirvientes, persiguiéndolos sin tregua por el terreno en pendiente. Rodaron

algunos incautos, que recibieron de inmediato unos cuantos vergajazos de su *nazir*. No cabía duda de que Muza tallaba la esencia de sus hombres, su *himma*, el impulso vital que guía a los fuertes y los audaces, el soplo de orgullo y esperanza que mantiene a los hombres en el Camino del Combate sin desfallecer. Sólo Muza podía lograr que la *himma* de sus gentes de Al-marahil viera en el acoso a los feroces cristianos de la frontera, un regalo de Allah para mostrarles su superioridad sobre aquella raza de infieles. ¡Dios os ha elegido!, gritaba Muza cada viernes desde lo alto de la atalaya después de la última oración del día. Quien quiera, puede irse, ofrecía con sonrisa de lobo. Nadie lo había hecho. La arrogancia del soldado musulmán no se lo permitía. Antes reventar sobre el caballo que reventar de hambre y vergüenza en cualquier quebrada, a mano de los infieles que siempre acechan. En la cima de la pequeña sierra, Al-marahil era el desafiante refugio que Muza había creado para su gente a la sombra protectora de la torre de piedra. Y Quzman, su hijo, el orgullo que había coronado su obra.

++ Harit- entró Muza en la tienda del caíd-, he recibido noticias de que nuestros espías quieren ponerse ya en contacto con nosotros y creo que tengo la solución al problema que te expliqué

++ ¿Ah, sí?- la media sonrisa de admiración era sincera- ¿Qué se te ha ocurrido esta vez, amigo?

++ Ya que no tenemos puente, atravesaremos el río más cerca de aquí, aunque sea a nado

++ Eso es muy arriesgado- Harit se mesó la barba, pensativo- El mensajero tendría que aproximarse a pie por el llano, a campo

abierto, expuesto a los infieles que nos observan. Demasiado riesgo para unas noticias que a ningún precio pueden perderse

++ Usaremos una señal que nos advierta de que el mensajero llega de noche a un lugar y hora acordados de antemano

++ ¿Fuego?- se burló Harit- Va a tener que correr como un conejo

Muza se volvió hacia la puerta de la tienda.

++ Entra, Omar- miró a Harit- Es nuestro herrero

Entró un hombre bajo y robusto vestido con un mandil de cuero. Llevaba en las manos un objeto pequeño envuelto en un paño. Apartó el trapo y dejó a la vista un cubo que brilló mortecino en la luz de la tienda.

++ Oro- se limitó a constatar Muza- Omar, explícale

++ Mi señor, voy a construir una cadena que llegue desde la otra orilla del río hasta una pequeña campana al pie de la atalaya. Cuando tiren de ella, harán sonar la campanilla para avisarnos de que llega quien esperamos

++ ¿Y por qué derrochar oro en eso?- se interesó Harit- Usemos algo más barato

++ Mi señor- se inclinó el herrero-, una cadena de esa longitud será muy pesada. Pero el oro es el más maleable de los metales. Trabajando a martillo puedo hacer eslabones tan finos que parezcan transparentes, y estirarlos como no puede hacerse con ningún otro metal- alzó el cubo dorado- Con esta cantidad me bastará para conseguir una cadena de media milla de largo

++ Y el oro no pierde brillo ni se quema al aire- intervino Muza- No sabemos cuánto tiempo vamos a tardar en conseguir lo que el califa nos ha ordenado y al oro no le afectan ni el aire ni el agua ni las sales de la tierra. Su brillo lo hace fácil de localizar y,

además...- se quedó callado un instante, observando los ojos negros y duros de Harit, dudando

++ ¿Y además...?- le invitó el caíd a seguir- Muza, puedes decirme libremente cuanto quieras. El Tesoro del Califa está en juego, así que no te andes por las ramas

++ *Mis antepasados*- Muza marcó distancias con un apunte de disculpa en la voz-, magos celtas de los bosques, pensaban que el oro tenía el poder de atraer la suerte y aumentar la fortuna de las cosas que tocaban- rozó con la yema de los dedos el colgante de oro con una media luna que llevaba al cuello- Así que en la noche más cerrada no será sólo su brillo lo que atraiga al mensajero, sino también su fuerza mágica

++ Ya veo- cabeceó Harit sin la menor burla- Pero lo que no veo resuelto es el problema de que el mensajero tenga que acercarse indefenso al río para tirar de la cadena

++ No lo hará él, mi señor. He pensado en que lo haga uno de los pastores que apacientan ganado en la otra orilla. Él tirará de la cadena para avisar de que esa noche vendrá el correo

++ Ya me has dicho que no puedes comprarlos, así que, como mínimo, la robará y se burlará de nosotros

Una sonrisa lobuna cruzó el rostro de Muza.

++ También había pensado en eso. ¿Me prestáis a Hafaza?

Los pastores se acurrucaron aterrorizados junto a las brasas medio apagadas del hogar. ¡Satanás les visitaba! El gigante de piedra negra no cabía por la puerta del chozo, así que había metido la cabeza y un brazo y los miraba con ojos brillantes. Empuñaba un arco más grande de lo que jamás habían visto y lo tenía armado. No distinguían a Muza, oculto a espaldas de Hafaza,

así que los pastores creyeron que la suya era la voz de Satán hablándoles en cristiano. ¡Vivir para ver!

++ ¡Puercos!- aulló- ¿Quién de vosotros es el menos idiota?

Los pastores empujaron delante al más menudo de entre ellos.

++ Eres un mierda, pero servirás. Ven conmigo- ordenó la voz

El desgraciado temblaba de tal modo que otros dos sudaneses demoníacos se acercaron a sujetarle de los brazos. Entonces sí que se desmayó del todo. Lo despertaron a bofetadas y lo arrastraron hacia el río.

++ Cuando un comerciante de Soria llegue hasta la choza y te lo mande, vendrás hasta aquí, buscarás esta piedra blanca y tirarás con fuerza de la cadena que encontrarás enganchada a ella. Si no lo haces o cuentas esto a alguien, te quemaré las tripas tan despacio que tu agonía durará una luna

El pastor volvió a desmayarse de miedo. Pero esta vez no se molestaron en despertarlo. No iba a olvidarse del encargo.

++ Si me esperas aquí, una noche sin luna te traeré un regalo de tierras cristianas

++ ¿Aquí?- señaló Niama la enrramada de la carrasca bajo la que se había refugiado con Quzman para contemplar el río mientras charlaban

++ Justo aquí- asintió el muchacho con énfasis- No te equivoques de árbol, ¿vale? Para evitarlo, voy a marcar el tronco- y con el cuchillo escribió “Niama y Quzman” en la corteza- Así, bastará que pases la mano por el tronco para asegurarte de que no te equivocas

++ ¿Y si alguien te ve desde la orilla? ¿No tienes miedo?

El joven señaló sonriente pendiente arriba. Si majestuosa y altanera se alzaba la torre gris en lo alto, cien pasos ladera abajo se levantaba, sólida como tallada en piedra, la figura del sudanés.

++ ¿Con Hafaza ahí plantado?- se rió Quzman- ¿Quién iba a atreverse? ¡Eh, Hafaza!- gritó mientras salía corriendo hacia el Duero- ¡Acierta a esto si puedes!

Lanzó un trozo de corteza, apenas más grande que su mano, a la corriente. En pleno vuelo hacia el agua, una flecha la atravesó por el medio. Cuando chocó contra la corriente, la corteza flotó río abajo como si llevara un gigantesco mástil emplumado.

++ ¿Lo ves?- celebró el muchacho con un aplauso la puntería del sudanés- Hafaza es el Ojo de Allah. ¡Nunca falla!

++ No blasfemes, Quzman- le rogó Niama, a pesar de que estaba tan asombrada como él- Nuestro Señor no es imaginable con rasgos humanos y puede decidir castigar tu osadía

Hafaza contemplaba a los jóvenes sin decir lo que pensaba. Que la chica estaba en lo cierto.

Una semana después, la cadena de oro, finísima y brillante, quedó tendida desde la atalaya por la ladera, engarzada a un ingenioso sistema de diminutas poleas sobre postes disimulados en la fronda de carrascas y aliagas. El paso del río se hizo de noche, bajo la vigilancia de los sudaneses que se desplegaron al otro lado, y Quzman fue el encargado de engancharla en la gran piedra blanca de la orilla. Tenía que ser así: hacía tiempo que su padre le había dicho que él sería el encargado de esconderse en Soria, en el sitio acordado con los espías enviados a territorio cristiano, para encontrarse con ellos y traer las informaciones a Al-marahil

cruzando el río justo por allí. Así su referencia sería doble: la torre iluminada por las hogueras y la gran piedra blanca en la orilla.

++ Quiero que sea Hafaza quien cubra mis llegadas- había sido su única exigencia. En realidad pensaba en Niama, que saldría a esperarlo a la carrasca marcada con sus nombres. Quería que el mejor de los guerreros la protegiera. Y quería al mejor de los arqueros por si alguien le andaba en la huella cuando se aproximara al río

Las noticias no se retrasaron. Hafaza le estaba esperando, agazapado con otros dos sudaneses, en las inmediaciones de la choza de los pastores. Volvieron sobre sus pasos acompañando a Quzman cuando se hubieron asegurado de que nadie le seguía. Subieron a la barca junto a la piedra blanca y remaron en medio de la noche helada.

Los mejores hombres de Al-marahil habían sido lanzados a territorio cristiano para encontrar la huella del Tesoro del Califa. Se habían extendido por caminos y trochas, empezando por el territorio circundante al Monasterio de Leyre, en el reino navarro. El propio Abderramán lo había ordenado: se le había aparecido en sueños su temible hermanastra, la reina Toda Aznar, que entre risas secas le había señalado un círculo pintado de negro en el centro de la cripta de enormes capiteles asentados sobre recias columnas enanas, comparándolas con las cortas piernas del Príncipe de los Creyentes. Aquella mujer era maligna: las guardas pulidas del Tesoro brillaban en el centro del círculo junto a un librito sin tapas ni autor. Las risotadas de Toda rebotaron por toda la cripta.

++ Ese librito, hermano- había dicho con voz atronadora-, cuenta la historia del nefando profeta... el heresiarca Mahoma... Ninguna otra compañía sería mejor para tu Tesoro- y sus carcajadas hicieron que el Príncipe de los Creyentes despertara aullando en su lecho cordobés

Era su venganza por lo que él, Abderramán, le había hecho a Pamplona en sus tiempos de gloria. Había hecho derruir su iglesia catedral y ahora se lo hacía pagar aquella bruja infame en el corazón cristiano de la muy cristiana Navarra.

++ ... pero allí no encontraron lo que buscaban- terminó el relato Quzman- Ahora se han dividido para dirigirse, unos hacia Ágreda, otros hacia Jaca, y otros hacia Gormaz

++ Bien, hijo- asintió Muza- Ahora, vuelve a Soria y sigue esperando noticias

++ ¿Tiene que ser ya?- el gesto de desconsuelo era evidente

++ Demasiado tarde. Ha salido el sol. Sabes que hasta la noche no puede pasarte Hafaza, así que te esperan unas horas de aburrimiento aquí...

Quzman no esperó más y salió disparado de la tienda de su padre. No tuvo que correr mucho: Niama le esperaba al pie de la atalaya. Descendieron por la pendiente hacia su refugio en la carrasca. Detrás, mucho más parsimonioso, caminaba Hafaza.

++ Toma- Quzman se sacó por la cabeza un colgante y se lo entregó a Niama- El judío que me lo vendió me dijo que era antiquísimo y que trae suerte porque posee una magia poderosa. ¡Ya puede, al precio que me lo cobró!

Niama estudió el dije. Era un caballito de oro de ancas moteadas que parecía cabalgar sobre una media luna.

++ Es un símbolo del Sol- continuó Quzman mientras acariciaba el pelo de Niama. ¡Adoraba aquella sedosa cascada negra y le encantaba cuando, al salir de bañarse en el río, ella se inclinaba sobre él y paseaba su cabello sobre su pecho y vientre, despertando mil mariposas de placer en la piel!- Pero no me preguntes por qué, porque no lo entiendo. Es lo que dijo el viejo judío

++ Los que ayudan al Sol a cruzar el cielo hacia el ocaso son caballos- murmuró la muchacha- Me lo dijo mi nodriza en Córdoba... una vascona que soñaba con volver a su tierra y murió de melancolía en Medinaceli- una leve sonrisa iluminó su rostro, unos momentos antes tan triste- Pero a mí, mi caballito me va a traer suerte y te ayudaré a llegar a la orilla sin daño cada noche sin luna que vengas a Al-marahil

En su mundo aparte, bajo la gran carrasca, los jóvenes no sentían pasar las horas. Pero pasaban.

++ Quzman- oyeron llamar a Hafaza- Es hora

Con gran sorpresa, advirtieron que se había hecho de noche. Se dieron un beso largo y dulce. Tenía que durarles varios días, hasta que Quzman regresara con más noticias. Ninguno se dio cuenta de que Hafaza contemplaba absorto el suelo. Si se hubieran fijado, les hubiera extrañado su aire avergonzado.

Una vez más, la campanilla resonó en el aire de la tarde de verano. El vigía de la torre miró hacia abajo y aún la vio relampaguear en su balanceo. Una vez más, al anochecer, Niama acompañó a los tres sudaneses a la orilla del río. Una vez más, los dos guerreros despojaron la barca de la enramada que la disimulaba y la arrastraron hasta el agua. Hafaza subió el primero,

después los otros, que empuñaron los remos. Niama permaneció en la orilla, agarrada a la cadena de oro, fijos los ojos en la negrura del otro lado. Sabía que Quzman aún estaba lejos, pero no podía evitarlo.

Una vez más, Hafaza y sus dos hombres trotaron agachados hacia la choza de los pastores, donde siempre vigilaban la llegada de Quzman, escudriñando las sombras con la ayuda de los perros ganaderos. Una vez más, la sombra ágil se desprendió de la linde del bosque y corrió hacia ellos.

++ ¡Ya lo tenemos!- no pudo evitar Quzman un grito de victoria- ¡Por fin sabemos dónde está escondido el Tesoro del Califa! ¡No tardaremos en cogerlo!- bailoteaba como un chiquillo

La oscuridad le impidió ver el gesto endurecido de Hafaza. El sudanés oyó la voz del pasado, la única a la que había obedecido hasta entonces. “¡Hafaza, eres el arma de mi venganza! Ya sabes lo que tienes que hacer, no le dejes que lo recupere, no es digno de Él, Allah no...”. Una vez más, emprendieron el trotecillo característico de los sudaneses para volver al río. Pero contrariamente a lo acostumbrado, cuando llegaron a la barca Hafaza le hizo el gesto para que subiera él solo.

++ De camino, he visto algo raro y quiero asegurarme de que no haya una emboscada a la vuelta. Vete y que alguien regrese con la barca dentro de un par de horas...

Una vez más, Quzman tironeó de la cadena de oro. Una vez más, le respondieron del otro lado. Con una sonrisa feliz, empujó la barca y se subió de un salto. Cuando estaba en la mitad del recorrido, una flecha gigantesca le atravesó el corazón. La barca se meció un instante sin impulso. Después, comenzó a ser arrastrada por la fuerte corriente y desapareció río abajo.

++ ... yo volví a Córdoba convertido en el maldito de Allah- explicó Hafaza a los muchachos refugiados bajo la carrasca- Porque destruí el más hermoso fruto de esta tierra de acogida, de Al-marahil, la última Etapa de los renegados en su camino al Jardín de Allah- Álvaro y Rodrigo veían resbalar lágrimas por el rostro brutal del guerrero sudanés- Su última oportunidad para todo, incluyendo la vuelta a Córdoba con el Tesoro del Califa, lo que les hubiera granjeado el perdón, fama y riqueza sin medida. ¡Y todo para cumplir una orden que nació maldecida por Allah!

++ ¿Por qué?- se atrevió a preguntar Rodrigo- El Califa mató a tu señor por un pecado que no había cometido

++ ¡Ese es el error! ¡Que sí fuimos cobardes! Es cierto que Abderramán huyó a todo galope abandonando a sus hombres, pero era Al Idrisi el que tiraba de las riendas de su caballo... y yo el que les abría camino matando a mis propios compañeros. Nunca obtendré el perdón de Allah. No soy más que un asesino...

Una voz dulce les sobresaltó. La figura blanca junto al río se había incorporado y los miraba.

++ No sufras más, Hafaza. Quzman y yo nos reunimos hace mucho tiempo en el Jardín de Allah y allí hemos disfrutado de nuestro amor durante mil años. Es el premio para los que mueren limpios de corazón. Tú nos impediste envejecer y vernos castigados por la vida, que todo lo estropea. Así que te doy las gracias por ese corazón puro. Sigo volviendo aquí, a Al-marahil, sólo para saber el por qué. Veía tu tristeza, tu arrepentimiento, pero no decías nada, solo te sentabas ahí, a distancia, escondido, y esperabas a que me fuera. Ahora has abierto tu corazón a dos hijos

de Al-marahil. Ahora sé. Ahora está bien. Ve en paz, Hafaza. Tienes tu sitio en el Jardín; has sido perdonado.

El gigantesco africano se incorporó, hizo una profunda reverencia hacia la figura blanca, posó su manaza sobre las cabezas de Álvaro y Rodrigo, depositó el arco a sus pies y desapareció sin ruido en la noche.

++ Eres buena, Niama- dijo Álvaro con seriedad

La figura blanca le sonrió, alzó los brazos, una súbita ráfaga de viento azotó las ramas de la carrasca haciendo que Álvaro y Rodrigo cerraran los ojos. Cuando miraron de nuevo, ya no había nadie. Tampoco estaba el arco.

Volvieron caminando despacio hacia la casa de los abuelos. Amanecía.

++ No volverá, ¿verdad?- preguntó Álvaro

++ Quién sabe- respondió Rodrigo- Las historias nunca terminan... Sobre todo si nosotros las mantenemos vivas, contándolas. De aquí a otros mil años, ¿quién no habrá oído hablar de la mora de Almarail que bajaba al río? ¿O de la cadena de oro? ¿O de...?- miró hacia la desafiante torre gris que dominaba el Duero- Bueno, ésa seguro que sigue ahí. Con ella no puede nadie...

Álvaro levantó la mano y saludó a la Torrejalba. Y por Allah que ve lo que nadie ve, que la atalaya se inclinó, cortés, devolviéndole el gesto.